

posesion de su silla dirigió al clero i fieles sujetos a su jurisdiccion. Observamos en esta carta un pasaje no menos adecuado a nuestro país que a la España. Allí se alarma la autoridad religiosa con motivo de los estragos que causa la lectura de novelas inmorales publicadas en forma de folletines de periódicos. El piadoso publicista que perdió España el año pasado, Balmes, dijo un día a dos amigos suyos. «Bien sabéis cuán arraigados están en mí los sentimientos de doctrinas ortodoxas; sin embargo, no hai vez que haga uso de un libro prohibido, que no sienta la necesidad de renovar mi espíritu con la lectura de la Biblia, de la *Imitacion de Jesucristo* u de Fr. Luis de Granada. ¿Qué sucederá, pues, a esa juventud insensata que se atreve a leer todo sin preservativo i sin esperiencia? Esta sola idea me llena de terror. ¿Cuántos desastres no tiene que deplorar la moral pública por esta causa!»

«Hace algun tiempo que la España, i principalmente desde la terrible leccion que dió a Europa la revolucion de febrero, se aplica a reparar las brechas abiertas allí a las ideas i a las costumbres. Con justicia causa asombro el que los mismos principios, que toda inteligencia ilustrada reprueba, gocen de inmunidad i de una especie de privilejio, luego que se presentan introducidos en la fabula de alguna novela. La sociedad española aplaudirá a los prelados que se interesan en exitar la vijilancia de los padres de familia sobre este punto. He aquí como se explica el Vicario jeneral de Estepa:

«Si buscamos las causas de esas espantosas agitaciones, las encontraremos en la falta de creencia, en el menosprecio de la religion, en la libertad excesiva de las costumbres públicas. Contrayendo mas la cuestion, veremos que todo el mal viene de el estado de la sociedad doméstica, esto es de las familias. El gobierno del padre de familia es el primer lazo social, el eje sobre que gira el movimiento del mundo moral i político. Ahora bien, la educacion de la familia se resiente en nuestros dias de una especie de abandono tanto mas peligroso, cuanto menos advertido. Los padres de familia en jeneral, reflexionan poquisimo sobre el espíritu de nuestra época. La manía de enseñar i de discutir todo en los periodicos engaña i burla su vijilancia. I por esto ¿qué consecuencias vemos? que las casas que, hasta ahora se conservaban obstruidas a las infiltraciones de la ponzoña moral recien ya todos los dias las hojas públicas, en las cuales un veneno diestramente preparado seduce la curiosidad de los jóvenes e inflaciona su débil entendimiento. De donde resultó que la misma autoridad encargada por la naturaleza de vijilar i morigerar la familia, compra a precio de oro los ingredientes que la corrompen i la destruyen. Hablo de esos escritos periodicos que por medio de sus novelas o folletines, son otros tantos auxiliares de la inmoralidad: allí se trunca la historia, se calumnia la inocencia, se ridiculiza la virtud, se invierten los nombres del bien i del mal, se representa heroico el escándalo, se llama a la piedad supersticion, i se honran i divinizan los objetos mas dignos de horror o menosprecio. Por manera que esa pretendida necesidad de una civilizacion progresiva, esa cotidiana lectura de fábulas románticas, tan poco conforme a las reglas de la decencia, hiere de muerte a la sociedad pública; hirindola en su raíz, en la familia, i hasta debajo de las alas de la proteccion paternal. Bien sé que cada época tiene sus exigencias i su caracter particular; conozo que un padre de familia negociante, necesita de dias que le instruyan de los acontecimientos i del movimiento agrícola o mercantil; pero no es a los ciertos que esta necesidad de los tiempos actuales le quita el peligro de muy difícil preservacion. No le queda al padre de familia vijilante mas que un recurso; este es elegir entre los periodicos aquellos que no añaden a sus noticias utiles o necesarias, noticias caland, des para pervadir los corazones de la sociedad.»

agencia fm

F-919

Concilio de Viena.

EPÍSTOLA SINÓDICA AL CLERO.

Los Arzobispos i Obispos del imperio austriaco, al Venerable Clero de sus diócesis, salud i bendiccion en el Señor.

Progreso! Progreso! He aquí el grito de guerra del día. La Iglesia católica conoce i honra al progreso: su ciencia i su poder los ha recibido a los pies de Aquel que dijo: «Sed perfectos, así como vuestro Padre Celestial es perfecto» (Math. 5. v. 8.) El cristiano, digno de tal nombre, aunque ve allá cerca del trono del Altísimo su patria i el brillante destino que se le espera, aprecia como de valor inestimable esta vida transitoria de su peregrinacion sobre la tierra, porque es el tiempo en que debe glorificar el nombre de su divino Redentor, probarle su fidelidad siguiendo sus huellas *e incorporandose con él.* (Luc. 11. 23.) Por esto, todos los esfuerzos del verdadero cristiano tienden a *progresar* diariamente en la verdadera perfeccion, a *progresar* diariamente en el conocimiento de su Dios i en el cumplimiento de la tarea que se le ha señalado sobre la tierra, en el amor de Aquel a quien algun dia espera ver cara a cara; en los diversos sacrificios, en fin, de su caridad hacia todos los que han sido redimidos con la sangre preciosa de la reconciliacion. Cuando lo exige su vocacion, hace ver que ningun sacrificio le es penoso para alcanzar la perfeccion en los conocimientos i en la habilidad que se dirijen a fines terrenos. Poniéndose delante de los ojos las palabras del Espíritu Santo: «Maldito el que hace la obra del Señor negligentemente.» (Jer. 48. 10.) el cumplimiento de cada deber lo mira como *la obra del Señor*, inspirado del espíritu del Apóstol que dijo: «Sea que comais, sea que bebais, sea que hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo a gloria de Dios.» (Cor. 10. 31) Establecida la Iglesia católica para hacer redundar en provecho comun del linaje humano la doctrina de la perfeccion, aplica la regla de la misma perfeccion a sus propias instituciones i leyes, reconociéndose obligada a ordenarlo i disponerlo todo, según la naturaleza i las circunstancias del tiempo, a fin de estender i de consolidar el reino de Dios sobre la tierra. Se aprovecha de cada consecuencia lógica que ha sufrido la prueba de la esperiencia, de cada conquista verdadera de las ciencias, para inculcar mas profundamente en los corazones la doctrina saludable, para hacer fructificar de país en país los misterios de Dios, para prevenir el error, para quitarle la máscara, para sujetar las pasiones. Respecto a su porcion selecta, a aquellos hombres que se consagran a su servicio en el santo ministerio, se aplica la iglesia con particular cuidado e incesante solicitud, a *armarlos con el escudo de la fe, contra el cual se estrella los dardos encendidos del espíritu maligno; con el yelmo de la salud i espada espiritual, que es la palabra de Dios* (Ephes. 6. 16 i 17)

Tal es el modelo de la perfeccion que en nuestras deliberaciones tenemos a la vista, como regla de cada uno de nuestros deseos, de cada una de nuestras resoluciones. En los dias precedentes a nuestros recientes cambios políticos, la Iglesia católica en los Estados de Austria podia quejarse con derecho de mas de un agravio. Para todos sus movimientos se la sujetaba a trabas en ordenanzas de toda clase: obstáculos casi insuperables se oponian a sus relaciones con la Santa Sede: el Obispo no podia dirigir a su rebaño ni una sola palabra de exhortacion, sin consentimiento de la autoridad civil: del auxilio de la prensa, tan poderoso para vivificar los buenos sentimientos, para darles buena direccion, estaban privados, puede decirse, los prelados de las iglesias, puesto que se prohibia toda discusion acerca de las cuestiones de la actualidad: el legislador extendia su mano de hierro sobre todos nuestros actos públicos, injiriéndose hasta en reglamentar el culto en sus mas minuciosos pormenores, opacando la liberta-

Pa: T: Pasallo ca. 2.
col: 2.
ig: Pa: ...

mente en materia de matrimonio a las leyes de la Iglesia. Es cierto que de tiempo atrás se manifestaban en lo general, tendencias, a allanar o por lo ménos a paliar en la práctica el desacuerdo entre las leyes eclesiásticas i el sistema seguido por el poder público en Austria. Varias de esas disposiciones tan embarazosas cayeron en desuso, muchas otras fueron mitigadas en su aplicación. Mas, lo que la Iglesia tiene derecho i deber de exigir, no podía aceptarlo en parte solamente, i como una concesion, como un favor dependiente de la caprichosa apreciacion del magistrado público. Entre tanto que la lei estuviera vigente, ella pendia sobre nuestras cabezas i cuando menos se tenía se ejecutaba con sumo rigor. Las excepciones i los correctivos se le vendian a la Iglesia como favores del mayor precio, i se reputaban en detrimento del progreso de las luces, por ese partido que quiere una libertad ilimitada para sí mismo i para sus proyectos, i la esclavitud para todos los demas. Nos, esperamos que la ordenanza del 4 de marzo pondrá fin a esta situacion de trabas, de tutela, de fluctuaciones, i todos nuestros esfuerzos tienden a restituir en Austria a su pleno i libre ejercicio las leyes eclesiásticas.

Mas el apóstol dice: «Examinadlo todo, i admitid lo que es bueno» (1. tesal. 5. 21.) Muchas de las disposiciones tomadas por la autoridad civil, apesar de que traspasan su esfera legitima de accion, son utiles en sí mismas, i hubieran sido de tiempo atrás dadas por la autoridad eclesiástica, si esta hubiera podido obrar con libertad. Nosotros queremos edificar i no destruir: queremos mejorar i no mudar. De consiguiente estamos en el deber de transportar al dominio de la iglesia esas ordenanzas, revistiéndolas con la sancion de la iglesia, animándolas con el espíritu de la iglesia, a fin de que penetradas de su soplo, produzcan el temor que adquiere la vida eterna. Al desear que el poder civil, como protector de todos los derechos, honre i garantice los de la Iglesia católica, Nos honramos (nuestros discípulos del grande apostol, la autoridad que se ha conferido al mismo Poder para mantener los vinculos de la sociedad: Nos honramos igualmente los derechos que el Soberano católico ha adquirido en la Iglesia a titulo de hijo legitimo de la misma Iglesia. Al mismo tiempo tributamos el homenaje de nuestro rendimiento por las prudentes i benévolas consideraciones que ha guardado a la Iglesia en nuestra patria, i por las cuales ella ha podido felicitar, aun en aquellos dias en que venia espuesta su benéfica actividad a toda clase de errores i de usurpaciones. Los numerosísimos derechos de patronato pertenecientes al soberano, eran ejercidos casi siempre con escrupuloso esmero para atender a los intereses de la iglesia; así era que no solamente se cuidaba de no emplear a los sujetos indignos é incapaces, sino de conferir a los mas dignos las funciones a que los llamaba su propio mérito i la utilidad de la iglesia.

La doctrina del cristianismo es la doctrina de la verdad; inmutable como el Altísimo que, en la plenitud de su bondad, se dignó revelárnosla. Las constituciones con que la Iglesia se aplica a difundir por el mundo la verdad i la gracia, son en sus puntos esenciales, segun el precepto del Señor, apropiadas a todos los tiempos; porque en el fondo siempre el hombre es el mismo; siguiéndose de aquí que los principios fundamentales que sirven de guía al hombre en el camino de la vida, no pueden estar sujetos a mudanzas. Mas la forma de la civilizacion i la disposicion jeneral de los jénios, son variables por su naturaleza; i como la Iglesia tiene mision de buscar lo que se ha perdido de la casa de Israel, (Luc. 19-10) menester es que en un momento un remedio para cada enfermedad, i que haga servir cada progreso, dándole buena direccion, al adelantamiento del reino de Dios. Para esto el Concilio del poder de consiliar, ha de ser de poder... con las necesi-
al... en los...

Nos, hemos pesado con madurez las medidas que en estos dias de borrascas puedan contribuir a la salud de las almas; Nos, atenderemos en concilios provinciales a las necesidades particulares de cada una de las provincias eclesiásticas. Nos, dirigiremos tambien a vosotros, nuestros estimados cooperadores i amigos, oiremos favorablemente vuestros deseos, i nos aprovecharemos de los frutos de vuestra experiencia i de vuestra sabiduria pastoral. En caso de que sean necesarias modificaciones en la aplicacion de las leyes de la Iglesia, o que ellas exijan definiciones mas precisas, Nos llevaremos respetuosamente al pié de la Cátedra de San Pedro nuestras preeces i nuestras proposiciones; i allí, donde reside la unidad del sacerdocio, solicitaremos la aprobacion i la sancion de nuestras decisiones.

No se nos oculta que muchos de los que se jactan de libres *pensadores*, aguardan o afectan aguardar de Nos, una cosa muy distinta. En Austria las voces del blasfemo que atacaban directamente a Dios i a su Iglesia, no osaron levantarse sino al abrigo de las barricadas; ellas enmudecieron luego que las espumosas olas de la anarquía se estrellaron contra el dique de bronce de la fuerza armada. La Casa soberana sirve con fiel corazon al Señor su Dios, que no burló su confianza, i la corona imperial adorna una frente que ha aprendido a humillarse ante el Altísimo. La gran mayoría del pueblo vuelve todavia los ojos ácia la Cruz con todo el fervor de la fé, i coloca su esperanza en aquel nombre en el cual solo podemos alcanzar la salvacion. Ved aquí la causa porqué, aquellos para quienes la Cruz es una locura, no atacan de frente la Religión i se ven obligados a tomar rodeos. Ellos adoptan una palabra que resonó allá en la Iglesia de San Pablo i cuyo eco llegó hasta aquí repitiendo: «Respétese la Iglesia, pero suprimáse su jerarquía» declarando en consecuencia, que los tiempos exigen imperiosamente que los Obispos, si no renuncian positivamente a su autoridad, no la ejerzan sino bajo ciertas condiciones que ellos articulan, condiciones que imposibilitarian el gobierno de la Iglesia. Empero la dignidad episcopal es un depósito sagrado i cada uno de aquellos a quienes ha sido confiado, debe algun dia dar cuenta de él al Señor, i seria insensates dispararlo para recojer la falaz recompensa de los aplausos de un breve instante. Aquel que dijo a sus apóstoles: «Así como mi Padre me ha enviado, de la misma manera os envío yo» (Joan. 20-21) ha instituido la dignidad cuya carga llevamos. El la ha instituido para la perfeccion de los Santos, para el ejercicio de su ministerio, para la edificacion del cuerpo de Jesucristo, (Eph. 4-12) i ella durará hasta que todos lleguemos en la unidad de la fé i del conocimiento del Hijo de Dios, a varon perfecto, segun la medida de la edad cumplida de Cristo, (Eph. 4-13), es decir, hasta que la Iglesia militante deponga las armas, despues de concluido el combate, i entre en la Iglesia triunfante para recibir la remuneracion eterna.

Encargada la Iglesia de mantener a los hombres levantados sobre las olas de las pasiones terrenas, no puede ella misma dejarse arrebatada por la impetuosidad de la corriente. Incúmbele publicar la palabra de aquel que siempre es el mismo, i por lo tanto es preciso que se eleve sobre los falsos i variables sistemas del dia. La primera revolucion francesa trazó con sangrientos rasgos, con rasgos gigantescos, que solo pueden ocultarse al que no quiera ver el cuadro espantoso de los resultados de las luces que insultan a la verdad eterna, i a donde conduce a la sociedad ese progreso que no se cae de la boca de los enemigos de Dios i de su reino. Aun no se ha corrido el velo del tiempo sobre las abominaciones i los excesos frenéticos que suñerjieron a la Francia entera en el mas anargo duelo: vivos están i conversan con nosotros los testigos presenciales que vieron de qué manera desempeñó la cuchilla triangular su horrible mision, desmenuando los matrimonios repullicanos realizacion un... Mas cuando el...

PRINCI

Pa: Pasalle e... 2
Col: 2

Pa Ig Para... 21

11, 16) Cuando las ramas llevan fruto de perdición no provienen de raíz inocente. San Pablo conocía toda la fuerza de los sentimientos que nos ligan a nuestra propia nación. «Yo mismo deseaba ser anatemado por Cristo, por amor de mis hermanos, que son mis deudos, según la carne» (Rom. 9, 3.) No obstante esto San Pablo predicaba con ardiente celo a los sirios i a las diversas razas de la Asia menor, a los macedonios i a los romanos; i nosotros le llamamos con gratitud el *Apostol de las gentes*. El vínculo que nos une a nuestros próximos parientes es un estrecho que aquel que nos liga con los que tienen el mismo origen i la misma lengua que nosotros; pero ¿no sería, sin embargo, el colmo de la locura i de la indignidad, que alguno reputase como su derecho sagrado e imprescriptible el despojar i oprimir cuanto pudiera a los demás hombres a título de procurar ventajas a sus hermanos i hermanas, a sus tíos i tías? Dios ha dado la lengua a los hombres para unirlos i no para dividirlos. Todos somos hijos del mismo Padre celestial i redimidos por el mismo Jesucristo; todos somos ciudadanos del mismo Estado sobre la tierra, i todos aspiramos a pertenecer algún día al mismo reino imperecedero. La nacionalidad, en el sentido que le dan los fanáticos prediadores, es un ídolo que exige que se le ofrezcan en holocausto nuestros deberes, i además de esto nuestra felicidad terrena. Las almas cristianas la rechazarán con horror.

Cuando el crimen i la infidelidad rebotaban en el reino de Judá i cuando se agrupaban sobre la cabeza de Sion las nubes del castigo divino, se apareció el Señor al Profeta Isaias, en una vision misteriosa: su voz resonó, diciendo: *¿A quién enviare yo? ¿quién irá de nuestra parte?* E Isaias dijo: *Aquí estoy, envíame.* (Is. 6, 8.) Si nosotros no tenemos la confianza del Profeta, si no nos resolvemos a ofrecernos al Señor para tan difícil misión, es al menos un sagrado deber para nosotros, perseverar con dificultad incontrastable en el puesto que el Señor nos ha asignado, pues que estamos constituidos guardianes de la fe i de las costumbres en estos momentos solemnes i decisivos. Los insensatos cuyo grito de guerra es: «Abolición de la Religion i ruina del Estado,» no tendrán ciertamente jamás motivo para regocijarse con un completo triunfo; porque jamás lograrán borrar de la frente de la humanidad el sello de su semejanza con Dios. Sin embargo, si la fuerza rejuvenecida del cristianismo no se opone a sus empresas, es de temer que atraigan innumerables gentes a la *via amplia que conduce a la perdición*, (Matth. 7, 13), i que enciendan una hoguera, cuyas voraces llamas no se extingan sino sobre las últimas ruinas de la civilización europea. A vosotros, como a Nos, dirige el Apostol esta exhortación: «Todo aquel que ha de combatir, de todo se abstiene, i aquellos ciertamente por recibir una corona corruptible, mas nosotros esperamos una incorruptible» (Corint. 9, 25.) ¡Ah! cuando pone por obra el partido que en su combatividad lanza hachones incendiarios acia el altar, el trono i el hogar doméstico! ¡Con cuanto ardor trata de envolver la ciudad i los campos en las redes tramadas por la astucia! ¡Qué atrocidad tan infatigable despliega cuando pretende seducir, espíritus débiles o aturdir a gentes sencillas! ¡Cuan poco lo arredran los trabajos, i los peligros para reclutar los cómplices de sus proyectos criminales! ¡I nosotros, a quienes el Hijo de Dios ha confiado la salvación de las almas que redimio; nosotros, a quienes el autor de la gracia ha introducido en el Santuario de su templo i revestido del poder sacerdotal, no desahogamos la misma actividad, la misma resolución para allanar los caminos delante de la verdad, para disipar el error, para salvar las almas?

En todo tiempo se dirige a los servidores del altar la exhortación de que se acuerda a cada día, cual cumple a los ministros de Cristo en cada día (Tit. 1, 7,

La pureza de la vida que recomienda la lei de santidad a cuantos la reconocen, es además, para el sacerdote un deber de estado. Por cada ejemplo de culpa que diere, sufocará el jérmén de vida que derrama su palabra; por cada desviación del sendero de los justos, estraviará a los que está encargado de conducir a Cristo, i los arrastrará al árido desierto de los deleites terrenos. Pero en las circunstancias actuales, si nos manchamos con apetitos profanos, hacemos traición a la causa de la sociedad europea, pues nos ponemos en incapacidad de combatir con la fuerza del Señor el torrente que amenaza la ruina universal. Aquel que ha sido instituido para reprender a los pecadores, para presentar a los ojos de los imperfectos el espejo de la perfección, no aguarda por sí indulgencia, si a él mismo le falta la vestidura nupcial. Reflexionad que un partido que ha tomado a su cargo la tarea de destruir vuestra influencia sobre los corazones de vuestras ovejas, espía cada uno de vuestros pasos con ojos de Argos. El no deja piedra por mover para acusar falsamente a cierto Orden eclesíastico; se vale de los medios mas indignos para alcanzar sus fines; la mentira i la calumnia son sus armas predilectas. Si aconteciere que un heraldo del evangelio, un mensajero de las misericordias divinas caiga en el polvo del pecado i acerque a sus labios el caliz de los placeres vedados, al instante esos *hombres de progreso* celebran este deplorable acontecimiento como un triunfo i lo divulgan con incansable actividad.

Pero no basta que nos mostremos *irreprehensibles a fin de que nuestro adversario no encuentre nada malo que poder decir* (sin evidente calumnia) de nosotros (Tit. 2, 8.)

«El celo de tu casa me devoró» dice David (Ps. 68, 10). Nosotros debemos oponer al fuego impuro de las pasiones el resplandor de la vida espiritual. Debemos combatir con la fuerza de aquel celo que es animado con el soplo del Espíritu Santo contra las potestades de la perdición, que procuran arrancar su diadema a los hijos de la Redención.

Volved vuestros ojos acia esa edad tierna, esos botones de la primavera humana. Ella aguarda, en la paz de la inocencia i incedida por los ecos halaguenos del presentimiento, el instante en que le sea permitido abrirse como una flor en el jardín del Señor. Velad sobre ella para que los ángeles custodios de la fe no se le alejen, para que la tentación no acometa con palabras i con ejemplos su inteligencia que empieza a despuntar. Sean el objeto de vuestros cuidados esos millones de campesinos que todavía llevan a su Dios dentro de su corazón i sacuden con asombro la cabeza cuando llegan a sus oídos los rumores de las recientes mudanzas. ¿Volverán a ser víctimas de los artificios de la seducción cuyos efectos vimos en el estío pasado? ¿Su sencillez será engañada con los incentivos que le presenta la astucia? Serán sutilmente persuadidos que *cambien su herencia de la eternidad por una miserable escudilla de lentejas* (Gen. 25, 32) para incendiarse dentro de poco sus cabañas i conducirlos al campo de batalla a que derramen allí su sangre por la mayor gloria i provecho de la revolución? ¡Atended a esos hombres estraviados que a manos llenas ofrecen incienso a los ídolos del día, pues que ellos son mas dignos de nuestra compasión que de nuestra aversión, i puede aplicárseles lo que dijo el Señor: «Me dejaron a mí que soi fuente de agua viva, i cabaron para sí cisternas, cisternas rotas que no pueden contener.» (Jer. 2, 13.) ahora están devorados por una sed abrazadora i no encuentran donde apagarla. Mil fantasmas juguetean en torno suyo, brindándoles refrigerio i el colmo de la ventura; pero luego que estos infelices estienen acia ellas sus manos para satisfacer su premiosa necesidad, los burlescoamente resolvíandose en tenues vapores. ¡Mensajeros de la verdad, ministros del cordero inmaculado! el Señor, vuestro Salvador os muestra las llamas que recien por vosotros i por vuestros hermanos, i

os dice: ¡Salvad las almas por las cuales he muerto! Ellas se salvarán al momento que de nuevo se levanten vigorosas las llamas del fuego que vuestro Maestro mandó encender [Luc. 12, 36.]

Encender el fuego es publicar la lei de amor, llena de la fuerza del amor que, animando al apóstol le hizo decir: ¿Quién nos separará del amor de Jesu- cristo? ¿por ventura, la afliccion o los trabajos, la desnudez, o los peligros, o la persecucion, o la es- pada? Mas en todas estas cosas vencemos por aquel que nos amó.» (Rom. 8. 35 | 37). Arrancaid con va- lor las doctrinas de la seduccion de las sombras del egoismo a donde se esconden, i esponedlas a la luz de la verdad que brilla sobre la Cruz. ¡Grande es la gracia que se os ha conferido en la consagracion sacer- dotal! Escitadla, reanimadla por la confianza en Dios i la oracion, i mostrareis cómo vuestro patrimonio es la fuerza i el poder, porque Aquel que os asiste es el unico poderoso. ¿Quién como Dios? El hace con su mano una señal, i ellos se desvanecen como humo. (Ps. 36-20).

¡Oh Señor de los ejércitos, cuyo trono está elevado sobre los querubines! echad una mirada de misericordia sobre estos países a los que habeis con- cedido la luz i la gracia en Jesu-Cristo, vuestro unico hijo! No aparteis de nosotros vuestra faz, no nos re- tireis vuestro Espíritu Santo. Enviad los Angeles de la caridad i de la humildad a todos los extraviados, a fin de que, despertando del letargo febril, arrojen lejos de sí la carga de los desreglados deseos que los encorba ácia la tierra i levanten sus ojos al Cielo para donde los eriaстеis. Entonces descenderá tambien sobre nosotros un soplo de vuestra paz, i, todos reu- nidos en torno de vuestro santo altar, os alabaremos con fé i esperanza hasta que entremos en la tierra ben- dita de la vision. Amen.

Viena, domingo 3.º despues de Pentecostes, 17 de Junio de 1849.

† Federico, Cardenal i Principe-arzobispo de Salz- bourg. [Siguen las firmas de 33 arzobispos i obispos].
(Traducido de *L' Universum*. 937).

Discurso sobre el Matrimonio,

COMPUESTO I PRONENCIADO EN LOS CERTÁMENES DE TEOLOGÍA DEL SEMINARIO MAYOR POR EL CURSANTE LUIS LIZARRALDE.

Emitt duo in carne una.
S. MATR. CAP. 19.

Señores:

Hubo una princesa notable en la historia por su virtud, recomendable por su mansedumbre, cuyo carácter distintivo fué una mezcla feliz de dulzura i de firmeza: pasada su infancia entre los brazos de sus padres, fué conducida a otro reino para desposarse allí con un monarca: fué feliz algunos años para ser luego infeliz hasta su muerte. Princesa en la corte de sus padres i reina en la de su esposo, se habia acostumbrado a llevar la corona que sus virtudes afianzaban para siempre en ella. Veinte años de amor i de ternura; veinte años de conducta irrepre- sible, no fueron parte a solocar la pasion de un rei disoluto; porque las pasiones de los grandes son como un torrente de lava que, empezando una vez a correr, él mismo amigula los obstáculos que a su marcha se oponen. Esa reina, señores, fué arrojada del trono con su hija querida: esa princesa virtuosa fué sustituida por una cortesana sin virtudes: esa esposa amable i constante, perdió en un momento su corona, sus bienes, su tranquilidad: esa reina vivió despues en las privaciones mas horribles, fué ultrajada en su debilidad, sus heridas i sus dolores, i solo la bondad del Cielo i el amor que le enviaban pudieron prolongar su vida acabada en el infatigable i la desgracia. Esa reina fué Catalina de Aragon; ese esposo disoluto fué el Rey VIII de Inglaterra: esa lava, ese torrente, fué la pasión

fué una pasion criminal que hizo desbordar el mon- struo del Protestantismo, que niño, aun en la cuna, ya sabia lisonjear las pasiones de los grandes i oprimir al inocente. La lei funesta del repudio adop- tada por los gentiles, por los judios, por los mahome- tanos, por los protestantes, i hablando jeneralmente, por todos los que no son católicos, es como el fruto por el cual debe conocerse el árbol, segun la expresion de Nuestro Salvador. Solo el catolicismo, poseyendo por herencia la verdad, ha sabido man- tener el matrimonio en el lugar eminente que Dios le destinó. Las falsas religiones i las sectas cris- tianas le envilecen i degradan, i unas mas que otras, todas cometen el crimen de atentar contra la santidad del matrimonio: mas, al fin, los atentados de las sectas protestantes, del jentilismo, judaismo i mahometismo son crímenes; pero no de hipocresia: envilecen la dignidad de la mujer haciéndola esclava de las pasiones del hombre; pero no suben con pie osado como el sansimonianismo, hasta el santuario donde reposa la verdad del matrimonio en los brazos de la religion católica, para arrebatarla, i propalar luego con descaro que el catolicismo solamente pro- teje a la mujer, que el sansimonianismo tiene la mision de colocarla en el goce pleno de sus derechos. De este modo pretende San Simon destruir la base del matrimonio, bajo el pretexto de mejorar la con- dicion social de la mujer. Diversos herejes han cau- sado un incendio en la sociedad por sus doctrinas impías i destructoras acerca del matrimonio; pero yo no me ocupo hoy en apagar los restos de tales incendios, sino que me dedico a descubrir debajo de los cimientos de las sociedades modernas el fuego que insensiblemente las devora, i que produciria su total ruina, si, por desgracia, no se llegase a des- cubrir su funesta influencia, sino despues de haber experimentado sus estragos.

En la religion de Moisés, dicen los Sansimonia- nistas, la mujer fué esclava, en el cristianismo es solamente protegida, en el Sansimonianismo debe ser emancipada, declarada libre i puesta al nivel del varon. Os confieso, señores, que al leer el arti- culo anterior he creído oír los silvos de la serpiente, que engañó a Eva: la primera mujer oyó la promesa de ser como Dios comiendo la fatal fruta: las mu- jeres del siglo XIX han oído la promesa de ser como el varon, abjurando el catolicismo: allí hubo una promesa especiosa, una mujer que la escuchó, Dios que desde el cielo la reprobó i Satanás que la hizo; ahora ha habido otra promesa de perfeccion, otras mujeres que la escuchan, la Iglesia que compade- ciéndolas la condena; pero no adelantemos el paralelo porque temo encontrar el equivalente al demonio. ¿Cuál es la base de la jenerosa promesa que San Simon hace a las mujeres? Sin duda su estado pre- sente, porque en el catolicismo ella es solamente protegida. Yo pretendo destruir esta base de arena para que caiga el edificio.

Dos son los estados de la mujer: la virginidad i el matrimonio; luego ni en la virginidad, ni en el matrimonio concede a la mujer sus garantías la reli- gion católica, segun la doctrina de San Simon. Me contrigo, señores, al matrimonio, i pienso probar que el catolicismo concede en el cuanto justamente puede apotecer la esposa.

Estáis bajo la potestad del varon, dice Dios a la mujer (Gen. cap. 3.) Serás igual al varon, le dice el sansimonianista. ¿Pero en qué se funda ese impío para contradecir a Dios? ¿En la superioridad o igualdad de facultades en lo moral, o en lo físico? No en las facultades intelectuales, porque la historia por mas de cinco mil años ha desmentido la asercion; ni en las demás facultades, porque la constitucion, los orgános, las inclinaciones i tendencias del sexo femenino lo colocan necesariamente e indispensa- blemente en una esfera inferior al sexo varonil. No me detengo en probar esta verdad, porque no hai quien pueda negarla sin incurrir en la mayor estravagancia. Pero sí me detengo a las razones. La teología os dice,